Por las noches, al salir del taller, las lindas *midinetas*, si son perseguidas por algún viejo, repiten á voces y entre carcajadas la misma canción.

—¿Húyele, chica, que viene?

—¿Quién?

—¿No le conoces?... Pues, mírale, ahí le tienes... *El hombre terrible.*

La prefectura de policía ha comunicado á los periódicos las señas del sátiro.

«Es un hombre de mediana estatura, con ojos azules y bigote rubio, y no mal parecido. Viste decentemente y usa sombrero blando de fieltro unas veces, y otras sombrero de paja. Edad, treinta y cinco años.»

Repare el lector que estas indicaciones las ha adquirido la policía por conducto de las «víctimas...» las cuales, no obstante el atropello sufrido, están conformes en reconocer que su verdugo, «no es feo...» ¡Oh, inagotable bondad femenina!

Un amigo me escribe asegurándome que durante estas últimas tardes, varias mujeres elegantes y hermosas pasean solas por los alrededores del Prado Catalán, paraje donde el sátiro tiene establecido su campo de operaciones.

Supongo á lo que van: á conocer á *El hombre terrible*, á gustar el peligro de forzamiento.

Son las curiosas, las desequilibradas, las tristes, que, cansadas de saber cómo aman los hombres de mundo, los artistas. los tenores, los pelotaris y los acróbatas... quieren recibir sobre la hierba y en plena naturaleza, el choque brutal del amor salvaje.

Julio Mata.

París, Noviembre 1911.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.—Madrid



PRECIO DE LA CAJA:

Dos pesetas

De venta en todas las buenas farmacias de España.

Si los Previsores del Porvenir tienen 117.300 socios obligados á pagar cuota mensual, ¿cuántos tendrá *Hispan Trust* cuando sepan que pueden librarse del pago de dicha cuota y de la contribución sobre alquileres, teniendo, además, derecho á otras combinaciones beneficiosas sin que le cuesten un céntimo?...

PRINCIPE, 14

De 10 á 12 y de 4 á 6

CENTRO PERIODÍSTICO DE JOSE LERIN Abada, 22 -:- Kiosco frente á Apolo

Envíos de periódicos y libros á provincias

LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración de los más ilustres escritores y dibujantes

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas:
MÉNDEZ ÁLVARO, 2, PRIMERO

Apartado de Correos número 547
MADRID

En Valencia: VICENTE PASTOR, Victoria, 11.

En Barcelona: NARCISO ESPAÑA, Kiosco EL SOL

AÑO I. Madrid, 25 de Noviembre de 1911. NÚM. 30



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.
JOAQUÍN DICENTA
La doma.
UN PEQUEÑO REPORTER
Yo no me la corto.
J. OLIVA BRIDGMAN
Diálogos galantes.
EL CONFESONARIO
Artículo de CARMEN CONZÁLEZ
JUAN PÉREZ ZÚÑIGA
Amores célebres.
FÉLIX RECIO
El beso.
ANTONIO LOZANO
El amante misterioso.
PEPE ONTIVEROS
Mis aventuras amorosas.
TOVAR, CYRANO, CASTAÑO
RUBALCABA y ALFONSO

Caricaturas y retratos de Raquel Meller, Irene Olmo, Carmen González Eduardo Rosón y otros dibujos.

5 cénts.



RAQUEL MELLER

Gentil coupletista, morenota y castiza.



DIÁLOGO SOCRÁTICO

—¡Anda Dios, la Hemeroteca!
—¡Rediez, la Ampelografía!
—¿Qué te haces?
—Vendiendo caldos.
¿Y tú?
—¿Yo? De periodista.
Pero ¿qué caldos son esos
que vendes?
—Los de las viñas.
—Vamos, que eres enotécnica.
—Poco más ó menos, chica.
Me he dedicado al cultivo
de la vid.
—Entonces, nincha,
tenemos la misma forma
de irnos buscando la vida.
Yo vendo LA HOJA DE PARRA.
—Y eso ¿qué es?
—Una revista.
—¡Ya! ¿De qué color?
—Verdosa.
—Comprendido: sicalíptica,
¿no es eso?
—¡Ps! Casi, casi.
—Pero ¿se vende?
—Se tiran
cincuenta mil ejemplares;
ya ves... ¡una tontería!
—Será barata.
—Nosotras
la damos á perra chica,
ganando un céntimo doble
por cada número.
—¡Atiza!
Según eso, Hemeroteca,
vas para capitalista.
—Sacamos para el cocido.
—¡Lo tomaréis con gallina!
—¡No que no! Y con su cadera,
su jamón y sus morcillas.
¡Ay! Pues yo, no. Solamente
saco para las judías.
—¿Es que no te gusta el coci?
—Sí que me gusta; pero, hija,
me matan las filoxeras,
¿estás?
—Sí; las papalinas.
—No, mujer; unos insectos
que nos destrozan las viñas,
y nos traen de cabeza.
—¡Caray! pues no lo sabía.
¿De modo que con los caldos
no te ganas bien la vida?
—Nada de eso, y me parece
que dejo esta industria pícara
como no cambien las cosas.
—¿Quieres un consejo, nincha?
—Dilo ya.
—Pues que te metas,
como mangue, á periodista.
Con vender LA HOJA DE PARRA,
puedes ganarte la vida;
pero desahogadamente,
créeme á mí.
—No me lo digas
dos veces.
—Si te decides
á hacerlo, vas y me avisas
en casa.
—¿Y en dónde moras,
es decir, en dónde habitas?
—Alcalá, ciento catorce.
—Será en alguna bohardilla.
—No, que es en un entresuelo.
—¡Ya! Interior.
—¡Quiá, no! Con vistas
á la calle.
—¿Estás beoda?
—Lo que estoy es casi rica.
—¿De vender LA HOJA DE PARRA?
—¡Natural!
—Pues anda, nincha,
dame una mano, y arrea,
que me está corriendo prisa
vivir en un entresuelo.
¿Sabes si en La Equitativa
tiene papeles alguno?
—¿Por qué?
—Porque si se alquila,
para que no me lo pesquen,
voy y lo tomo en segudida.
—¿Pero estás de chirigota?
—Lo que estoy es contentísima
de encontrarte, Hemeroteca.
—Pues oye, Ampelografía;
si quieres hacer fortuna,
dedícate á periodista
y á vender LA HOJA DE PARRA.
—Para luego es tarde, chica.
—¡Pues pocas ganas que tengo
de echarte al *coci* gallina,
puntas de jamón, chorizo,
carne de falda y morcilla!...

Por la copia,

Carlos Miranda.

LA DOMA

POR las puertas de la Cartuja sevillana no entraba ni salía moza más *juncal*, trianera de más trapío que Rosario, una *zurraqueña* morena de piel, ancha de hombros, delgada de cintura, graciosa en el andar y en el palabreo, con los ojos negros, el pelo al igual de los ojos ¡y los labios!... Los labios eran una cereza abierta en dos, para enseñar, á cuenta del hueso, la mejor dentadura que pulimentaron las aguas del Guadalquivir.

Locos andaban por Rosario los mozos de Triana. Pero era lo que decía ella: «¡A mí qué! ¿Se emperran en quererme? Ninguno de los que se han *emperrao hasta la hora de ahora* me han *jecho* el avío. De *mo* que *pata*. Si cantan, *pa* ellos; si se matan, *pa* ellos; si se pierden, *pa* ellos. El día que me *emperre* yo con alguno, *pa* él será el bien ó el mal, ó la gloria ó el desengaño. *En tan y mientras*, que los otros se las *campaneen* como les cumpla. ¡Allá ellos!...»

Era Rosario capaz de arrastrar, cogida por el moño, á quien chismorrease de ella, y tenía un hermano que lo mismo *se tomaba* dos cuartillos de aguardiente con el más bebedor, que se daba *dos puñalás* con el más *guapo*.

Menuda fiera estaba hecho el Moreno, un mocetón recio y desabrido, los esmeros de cuya educación se habían perfilado cuando era niño entre los granujas del puente, y cuando fué hombre entre matuteros y contrabandistas. Ocho años se *cargó* en presidio por haber *muerto* en riña á dos bravos del Baratillo, y al presente dedicábase al trato de caballos y á cobrar en una casa de juego el usufructo de su guapeza.

✠

Fué un escándalo, una verdadera revolución la que se produjo en el barrio al saber la noticia. ¡Rosarito tenía un cortejo!... El hierro se había vuelto cera. A la reja de la *cartujana* acudía todas las noches un hombre y allí se estaba pegando la hebra con la moza hasta las doce, cuando no era hasta la una de la madrugada. Y el moreno mostrábase conforme con el noviazgo, tan conforme que *arrimó candela* á tres ó cuatro amadores celosos que quisieron dar un disgusto al preferido de *la niña*. «Al que se meta con él—dijo donde todo el mundo pudo escucharle—, le meto yo una cuarta de faca en el corazón. Rosario está á gusto y yo igual, *¿conque!...*» Y el *conque* fué que nadie quiso ir por el ofrecido facazo.

El preferido era un señorito, un abogado de crédito adquirido en buena y honrosa lid, al que correspondió la *cartujana*, y el Moreno, sabiendo que cuando *la niña* decía «sí», «sí», había de ser, aceptó *la cosa*, seguro de la honradez de Rosario y de que el camino de los novios para ocupar una misma alcoba se haría de frente y por derecho.

Así fué; no era Rosario mujer de livianos instintos, sino moza honrada; por la iglesia había que tomarla y en la iglesia la tomó Enrique para siempre, y de la iglesia la trasladó á su casita de Sevilla entre el vocerío y los ¡olés!... de Triana entera, que se agrupaba á la puerta del templo para verles salir.

✠

Pero ¡ay! que si la *cartujana* era la honradez misma y quería al abogado como una loca, la pícara influencia del ambiente en que se educó, revelábase á cada instante en las diarias peripecias del nuevo hogar.

Hecha Rosario á la vida del barrio y á las

NUESTRAS COCOTAS



IRENE OLMO

costumbres de sus habitantes, no comprendía muchas cosas que la vida señoril y las señoriles costumbres traen consigo. Es más; las visitas, consultas y secreteos en el despacho, exigencias naturales de la profesión que Enrique ejercía, antojábansele á la recién hecha señora *infundios* y gatuperios con que la engañaba su esposo.

—¿Qué era aquello de salir á cualquier hora y sin decir dónde?...

En vano procuraba convencerla de que se equivocaba, y aplacar sus ímpetus con palabras dulces y con razonamientos cariñosos. La *cartujana* no se daba á partido, y el hermano de la *cartujana* apoyaba á ésta en sus recriminaciones, diciendo que *la niña* tenía razón, y que él vino al mundo para defender la razón de *la niña*.

Cierta mañana recibió el abogado una carta que dejó abierta sobre la mesa. La tal carta era una cita dada por una señora que quería hablarle en su casa de un pleito que defendía Enrique. Vistióse éste, y ya se dirigía hacia la puerta, cuando le salió su mujer al encuentro.

—Ahora no vendrás con embusterías—dijo la trianera—; he leído la carta; sé dónde vas. Vas *en* casa de una mujer.

—Voy á mi obligación. No seas tonta.

—No soy tonta, y porque no lo soy no saldrás—gritó Rosario poniéndose delante de la puerta.

—¡Que no saldré!...—contestó Enrique—. ¡Vaya! Esto es demasiado.

Y cogiendo á su mujer por el brazo la apartó á un lado, abrió la puerta y la cerró violentamente detrás de sí.

—¡Me ha *pegao*!... ¡Me ha *pegao*!—gritaba Rosario á su hermano—. ¡Ese granuja me ha *pegao* porque no quería dejarle ir con una tía que le espera! ¡Me ha *pegao* y me ha *pegao*, porque soy una mujer, porque estaba sola!...

—¡Que te ha *pegao* á ti ese señoritín, ese alfeñique, que no tié una *guantá*! No *ta* apures. Ya verás tú cuando venga cómo le quito yo la costumbre *pa* siempre. ¡Pegarle á mi hermana, á la hermana de Juan el Moreno!... *Aspérate* y verás.

✣

—¿Qué? ¿No se almuerza?—dijo Enrique cuando llegó á casa, olvidado por completo de la disputa que había tenido con su mujer.—¿Pero qué os sucede?—añadió viendo que Rosario gimoteaba y que el Moreno le miraba con mirar hosco y bravucón.

—*Sucé... sucé...*—contestó el Moreno—que has *pegao* á ésta.

—¡Yo!

—Tú, sí—gimoteó Rosario.

—No te he pegado; lo que he hecho ha sido recordarte que soy el amo de mi casa.

—La has *pegao*—replicó el Moreno.—Y á ésta no vuelves á pegarla tú, porque no quiero yo.

—¡Porque no quieres tú!—exclamó Enrique.—¿Por eso?... Pues mira, no he pegado, no hubiese querido pegar á tu hermana nunca; pero desde el instante en que tú y ella pretendéis imponerme y dominarme y asustarme, voy á probaros que en mi casa el amo soy yo, y que á mí ninguno me asusta.

Y Enrique, levantando la mano, descargó á Rosario tan soberano bofetón, que ésta cayó al suelo de espaldas.

Cuando el Moreno, faca en mano, se dirigió á Enrique, Rosario, levantándose como una fiera, le sujetó por la muñeca, y arrancándole el arma, gritó:

—A éste, á éste no le tocas tú. Ha hec[illegible] que tenía que hacer. Así son los hombres. ¡Así es como te quería ver yo!... ¡Ahora es cuando te quiero del *too*, Enrique!

Joaquín Dicenta.

ENTRE ELLAS



—Se hacen muchos elogios de los salones del nuevo embajador.

—No sé; pero no creo que los tenga tan bien puestos como su antecesor.

YO NO ME LA CORTO

(INTIMIDADES POLÍTICAS)

Yo estoy completamente Canalejas, ó no me explico lo que pasa en China.

Me consuela algún tanto la seguridad de que á ustedes les pasará lo mismo, porque hasta ahora nos habíamos hecho á la idea de que los hijos del Celeste Imperio eran unos infelices parias, que se pasaban la vida trabajando como bestias, comiendo arroz con dos palillos, fumando opio y doblando resignados el espinazo ante los mandarines. Los considerábamos tan desventurados, que ni siquiera podían chuparse una mandarina.

Y de pronto nos encontramos con que se saben sacudir las pulgas con una energía que para nosotros quisiéramos. Los periódicos dan á diario cuenta detallada de sus progresos revolucionarios, con gran satisfacción mía, que si algo siento en estos momentos es no ser chino, salvo en un importante detalle.

Ustedes habrán leído que lo primero que hacen para exteriorizar su adhesión al movimiento, es cortarse al rape la coleta. Un telegrama nos dió la aterradora noticia de que en un solo día y en una misma población se la han cortado la friolera de diez mil conjurados.

Yo no sé lo que dirán las chinas de esta radicalísima determinación de los chinos; lo que sí afirmo es que el sacrificio me parece demasiado cruento. De ahí el que no esté conforme con tal detalle revolucionario, pues creo firmemente que el cortársela debe ser la última, la más extrema de las revoluciones.

Porque, vamos á ver, ¿cómo podrán esos celestes amigos significarse en el movimiento, teniéndola cortada á cercén? ¿No es más lógico que se la dejasen en todo su natural desarrollo?...

¡Supónganse ustedes las torturas de esos mutilados reformadores cuando se encuentren con un montón de chinitas en su camino, subterfugio á que acaso habrán apelado los imperiales! Quedarán seguramente en el mayor de los ridículos.

No; eso no puede ser, y yo, ferviente republicano, declaro solemnemente que si para instaurar la República en España fuese preciso hacer lo que han hecho esos hijos del Sol, no digo que antes me retiraría al ostracismo, porque eso es baja acción, impropia de seres vigorosos que, gracias á la Naturaleza, tenemos miras muy elevadas; pero sí que me rebelaría contra el acuerdo, y no lo cumpliría. No llega á tanto mi fe. Porque aquí, si hemos de pensar en regenerarnos, es preciso hacer lo contrario que los diez mil celestes del telegrama. Nada de cortarse la coleta. ¡Conservarla incólume... y cuanto más larga, mejor!

Un pequeño reporter.



EDUARDO ROSÓN

Como *Modestito* y como *Un pequeño reporter*, es más alegre que unas castañuelas; pero como concejal, es terriblemente trágico. ¡Como que se la trae con los automóviles que matan á los vecinos de Madrid y con las sacramentales que entierran á los que matan los automóviles!

(NOTA: El lápiz de Tovar le ha «sorprendido» como concejal.)

DIÁLOGOS GALANTES

La escena en un saloncillo íntimo del palacio de Jorge León, marqués de Alvarado, joven de unos treinta años, de agradabilísima presencia, que aguarda la llegada de Martita Jiménez, amiga amantísima de León y delicada criatura de cuerpecito gentil, cabeza alegre, cabellos blondos y ojos grandes y azules. Huérfana de un coronel su familia vése obligada á vivir esa vida de riqueza pobre, característica de las clases pasivas. Los amores de Martita y Jorge se ocultan en el misterio. Sólo de los dos interesados son sabidos, y ella, para visitar á su amante, aprovecha la hora y media de libertad matutina que se le concede para ir á la iglesia.

—JORGE LEÓN *(contando las horas que señala la campana de un reloj vecino.)*— ¡Las nueve!... Decididamente esta mañana ya no viene Marta... ¿Y para eso me he levantado yo á las siete?... Para que una queridita muy cuca, muy linda, me tome luego, bonicamente, el pelo?... Lo que es esto no se lo paso á la niña y se lo advertiré: «¡Niña mía, la diré, que seas mi querida me parece bien; pero que quieras convertirme en primo tuyo me resulta mal, muy remal... Con que ya lo sabes; otro día que repitas el bromazo, nuestras relaciones se acaban... y *pax christi...*» *(Pausa breve.)*

Comprendo que la chiquilla, por ser quien es, merece tratarse con más deferencia de la debida á las demás amantes, y así la trato: mi discreción llega al extremo de que si la encuentro en la calle, paso por su lado sin saludarla siquiera... Pero pasar por bobo, no. *(Nueva pausa.)* Porque después de todo, la niña no me quiere por mi cara bonita, sino por los regalitos que me pesca... Hoy mil pesetas para un imperdible; mañana cien para un dije, al otro día quinientas para una sortija...

El sonido de un timbre eléctrico interrumpe. A los pocos segundos Martita Jiménez penetra sofocadísima.

M. *(quitándose la mantilla).*—¡Rico mío, perdóname la tardanza!... No fué culpa mía... Me parece que mamá se presume algo, porque esta mañana estaba empeñada en no dejarme salir... *(Sentándose en las rodillas de Jorge.)* ¿Verdad que no estás incomodado conmigo?...

J. *(Displicente con cara seria.)* — Contigo, no; con tu madre, sí... ¡Vaya unos repulgos que gasta esa señora! Y tal vez ahora...

M. *(con viveza.)* — No, hijo, no. En mamá no vayas á suponer ahora nada malo; ¡pobre de mí si ella se enterara de nuestras relaciones! Pero, ¿qué quieres, hijo mío? Las mamás siempre son lo mismo: nunca se acuerdan de cuando ellas eran jóvenes...

J. Oliva Bridgman.



—¡Si te queremos mucho, Manolito! No te dé vergüenza. Estás hoy más turbado que de costumbre, ¿verdad?

En caso de flagrante adulterio, ¿cuál cree usted que debe ser la actitud del marido?

En croniqueja que escribí, que algunos amigos comentaron y que sirvió de asunto para una obra conocida á un novelista joven y de los más notables, intenté demostrar que el adulterio, en la época actual, no debe considerarse como un delito.

Y si yo estimo que la ley, aun siendo la Ley—con mayúscula—, no tiene derecho á castigar, no daré yo, en ningún caso, ni al uno ni al otro de los cónyuges el derecho de hacerse por su propia mano la «injusticia».

El adulterio, en la República francesa, no es más que una falta: se impone una multa, y se acabó. En Inglaterra, el adulterio es la simple infracción de un contrato entre particulares, y el perjudicado se consuela con una indemnización.

¿La actitud del marido? Esto es cuestión personalísima, que dependerá tan sólo del temperamento y de la educación de cada uno. La que yo prefiero, es la actitud más «gómez-hidalga», que resultará la más «goyesca».

Sobre todo, nada de sangrías. En el matrimonio no debe correr la sangre, sino el día de la inauguración; y eso, cuando la hubiere...

Con una invitación enérgica, aunque amable y cortés, á abandonar, en plazo breve, el domicilio conyugal, se arregla el conflicto.

De vengar al marido, más tarde ó más temprano, se encargará, seguramente, el arrepentido seductor, convertido, á su vez, en marido prosaico y cornudo también.

ANTONIO CORTÓN.

•

Si los temperamentos pudieran medirse y graduarse, sería muy sencilla la contestación. Pero el sistema nervioso funciona de manera distinta en cada individuo, y á su funcionamiento ha de supedirtarse todo.

Creo, sin embargo, que el matar impunemente á los adúlteros revela un instinto de cobardía y ferocidad, digno de menosprecio. El que quiera sangre, que la busque de frente, cara á cara, exponiendo la suya en la demanda. Sólo en defensa de la vida propia se debe atentar contra la ajena.

JOSÉ DE LA LOMA (DON MODESTO).

¿Qué hará un señor si á su amada
mujer encuentra en camisa,
con un amante acostada?...
Pues hombre... En forma precisa
no puede afirmarse nada...
Eso es según la *divisa*
y el *hierro* de la vacada.

LUIS DE TAPIA.

•

Mi querido amigo Hidalgo: He recibido su atenta carta, en la que me dice que emita mi opinión acerca de lo que debe hacer el marido en caso de flagrante adulterio, y como es una cosa bastante difícil contestar á eso, pues cada uno opina de un modo, yo creo que el marido, en este caso, debe hacer «lo que haría todo hombre que tenga vergüenza y que estime en algo su honor». ¿He dicho bastante?

Sabe usted que queda á sus órdenes y le quiere, su amigo

MANUEL MARTÍNEZ (AGUJETAS).



La mamá.—¿Cuántos años echa usted á Julita?
El pollo.—Quince.
La mamá.—¡Ja, ja!... En cada pierna.
El pollo.—No, señora; entre las dos.



El Confesonario

CARMEN GONZÁLEZ

No sé de dónde saca usted, amigo Hidalgo, que yo tengo picardía en mi cara para pedirme que haga una confesión picaresca... ¡Pero si mi vida toda ha sido una pura sosería!

Verá usted: en absoluto, no ha sido una pura sosería, porque cuando niña tenía yo un gancho para sacar novios que era la desesperación de mis amigas.

A los doce años estaba ya en *relaciones* con un hijo del jefe de la estación del pueblo en que vivíamos, y luego con un hermano del cura; con el hijo del médico, después; con el cuñado del boticario; más tarde, y, por fin, con un morenazo, estudiante de Derecho, que me lo disputaban las chicas más guapas del pueblo.



CARMEN GONZALEZ

Linda tiple de Eslava, «con» una de sus mejores obras

Lo notable fué que mis noviazgos eran puro deporte..., sólo por hacer rabiar á las muchachas.

Mis amores verdad eran entonces el teatro y las muñecas, aficiones que arraigadísimas conservo, probándolas con mi actual profesión y con el mocoso que Dios me dió y que me acompaña en esta fotografía.

Cuando me enamoré como una loca fué al verme cortejada por el padre de ese muñeco, jinete habilísimo, que igual doma un potro cerril que amansa y domestica á la mujer más fiera, y que, aun siendo algo huraño, es bueno como el pan.

Si será bueno que, aun á disgusto suyo, trabajo en el teatro por pura condescendencia con mis aficiones.

Aventura sonada tuve una allá en la bella Andalucía...

Trabajábamos en una ciudad, y al dar en quiebra la Empresa, se disolvió la Compañía.

El alcalde, que era un tenorio y me hacía el amor, debió decirse:

—Esta es la mía.

Enterado de que entre todos los comediantes no reuníamos tres pesetas, me llamó á la alcaldía, donde, tras de infructuosas proposiciones, encomendó á la acción lo que no conseguía por la palabra. Corría yo en torno de la mesa del despacho, dando voces de auxilio, cuando de repente salta la puerta cual si la hubieran abierto de un mazazo.

El padre de mi nene, que era el recién llegado, se lanza sobre el monterilla como un tigre, lo trinca por el cuello, y allí hubieran tenido fin sus alcaldadas si alguaciles y empleados no vienen en socorro del atrevido, al que arrancaron de aquellas tenazas con las lividéces de un ajusticiado.

Carmen González.

PEPE ONTIVEROS

MIS AVENTURAS

CON EL BELLO SEXO

1911

LA HOJA DE PARRA

MADRID

nilla con el lecho!—¡allí, la admiraba soñando despierto y ruborizándome cada vez que hacia alardes de curvas incitantes, de felinos movimientos, miradas incendiarias y frases «corrosivas», todo ello acompañado del ir y venir de la plancha sobre las blancas pecheras, los remendados calzoncillos, etc., etc.

Excuso decir que yo, á poco de estar entre dos fuegos, me sentía tan «planchado» y admirado como las primeras, y terminaba tan flácido como los segundos. Pero, luego, en el cuartel, me desquitaba suspirando á dos carrillos en las entrañas del instrumento, que por entonces empecé á tocar: el trombón. Suspirando y tocando variaciones, contemplando entre el hornillo y la cama el susodicho ajetreo, y fumando pitillos «capados» para sacar de dos tres, seguí hasta la invasión colérica, que tantos miles de almas se llevó en Granada.

Mi planchadora fué una de las atacadas, y yo la cuidé y atendí en las horas libres de servicio, sin temor al contagio.

Un día, cuando ya convalecía gracias á los consejos y medicinas que me daba un practicante del primer batallón, necesitó alimentos, pagar al casero y otras cosillas, y yo, que sólo contaba con quince céntimos de peseta diarios para vicios y ascos, no podía facilitarla, no digamos un cuarto de gallina, ¡ni un cuarto de huevo! ¡Aquí de mis arrestos! Me dirigí como una flecha á la casa de una persona de mi familia que conservaba—y aún conserva, afortunadamente—, el rango de mis mayores, á la cual había «sableado» ya bastante. Intenté un nuevo

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.

ES PROPIEDAD

DOS PALABRAS

Yo, como todos los machos de la Creación, siento necesidad de la hembra y me gustan todas, desde que pueden ser madres, hasta que son abuelas. Pero como es natural, en unas encuéntro más atractivos que en otras, y de las que me han dejado recuerdo por algo raro, contaré algunos casos. Advirtiendo á usted, amigo lector, que todo lo que lea es rigurosamente exacto.

¡Mi palabra!

AMOR... PRIMO

En Granada, donde nací, cumplidos ya diecisiete mayos—nací en dicho mes el 67—, á consecuencia de mi orfandad, ingresé como voluntario en la música del Regimiento «Antillas 44», y á los pocos días me flechó una planchadora de las de sargento abajo; guapa, limpia, de buen humor y mejor «arquitectura», que habitaba un cuarto bajo con reja á la calle, que le servía de cocina, taller y alcoba, y á la que empecé á visitar con pretexto de que cuidara mi ropa interior.

Allí, sentado entre la hornilla y el lecho, dondeaba—¡mucho cuidado con confundir la hor-

AMORES CÉLEBRES, PUESTOS EN SO FA

HERO Y LEANDRO

ESTA apreciable pareja, á la que popularizó primero la Mitología y poco más tarde el maestro Mancinelli con su celebrada ópera, pertenece á la clase de amantes acuáticos, como veremos después.

Hero, que no tenía, por cierto, nombre de mujer, pero lo *hera*, estaba contratada en la ciudad de Sesto (más allá del Quinto) como sacerdotisa de Venus, y era verdaderamente guapa y algo enamoradiza, pero á la vez recatada y formal; por lo menos en tal concepto la tenían los más acreditados murmuradores de la comarca.

En la ciudad de Abidos, situada enfrente de la de Sesto y separada de ella por el Helesponto (que no es ningún específico, sino un trozo de mar de relativa estrechez) vivía un griego muy jacarandoso llamado Leandro, á quien no hay que confundir con San Leandro, el inventor de las famosas yemas sevillanas.

No sabemos qué misteriosos encantos tendría el griego de enfrente para la hermosa Hero; el caso *hera* que se enamoró de él como una loca y le escribió un día cuatro expresivos renglones, diciendole poco más ó menos:

«¡Leandro, ven por Dios! Si no tienes dos pesetas para atravesar el estrecho en una barca decente, despójate de las vestiduras y échate á nadar con rumbo hacía mí, que yo te secaré después todo el físico, no sólo con el fuego de mis ojos, sino también con el ardor de mis ósculos apasionados.»

Y Leandro, que tenía su miaja de corazón, aunque era griego, y que se había chupado los dedos cuantas veces había visto á Hero desde la costa de enfrente, la contestó en estos términos:

«Se lo diré á mi mamá. Si me deja, iré.»

¡Pero cuánta agua había por medio! Con unos gemelos miraba á la sacerdotisa desde su domicilio; después le parecieron poco los gemelos y la miró con una botonadura completa, y pasados algunos días, llegaron á entenderse doña Hero y don Leandro sin necesidad de cristales de aumento, sino muy de cerca.

Leandro aprendió la natación con un perro de aguas que tenía y llego á cruzar todos los días el estrecho como un pez hasta llegar á la torre donde le ofrecía Hero las delicias de un gabinete encantador, si que también húmedo.

Unas veces hacía el galán su travesía solito, y otras, escoltado por buen golpe de merluzas, pulpos y tiburones; pero siempre llegaba incólume á la orilla, y las escenas que después se desarrollaban entre los amantes eran



El papá.—Julita, presento á usted á mi hija Ramona.
La amiga.—¡Ah, D Francisco, pues tiene usted una hermosa polla!

de las que inspiran viva curiosidad y no escaso interés.

Afortunadamente, nadie les molestaba. Allí no había padres severos, ni maridos armados, ni escamones ni visitas inoportunas.

LAS ARTISTAS DEL «ÍNFIMO»



La mamá,—¿Qué te dijo el empresario cuando te llamó á la Dirección?

La niña.—Que cuando quiera puedo ganarme cinco duros.

El amor se desbordaba sin obstáculos y el Helesponto lamía los muros de la torre misteriosa sin formular la más leve protesta.

Leandro, que no podía abandonar su puesto de tenedor de libros en una fábrica de fideos griegos, se contentaba con pasar un rato con su Hero por las noches, y al regresar á su casa, después de la acostumbrada juerga, la misma sacerdotisa de Venus encendía un farol para que su amante, alumbrado por dentro y por fuera, cruzase el estrecho sin temor.

Pero no hay ventura eterna.

También al Helesponto se le hinchan las narices y una noche borrascosa, en que los elementos se desencadenaron furiosamente, á pesar de los besos y del farol, don Leandro fué arrebatado por las olas en lo más ancho del estrecho.

Hero, que no solía perder de vista á su Leandro hasta que éste ganase la orilla opuesta y siempre le veía nadar con los pies y brazos y la cabeza libre, dió un grito espantoso al notar la brusca desaparición de su amante, mientras de éste se apoderaba para *in œternum* una foca desnaturalizada.

No había remedio. Leandro se había ahogado todo él. Hero se convenció pronto de que su amante ya no podría levantársele la cabeza, y presa de la mayor desesperación ¡cataplun! sin decir «¡Dios me ampare!» ni aflojarse el corsé, dejó caer desde lo alto de la torre sobre la espuma del Helesponto el sandungero cuerpo que Dios le dió.

No sabemos si en el fondo del agua encontraría los restos de su Leandro querido, pues aunque en las ansias de la muerte logró asir una zapatilla como las que usaba él, no debía ser suya, sino de otro náufrago más chato, si hemos de dar crédito á los besugos más formales del estrecho.

Una serie de truenos terribles sirvió de canto funeral á Hero y á Leandro, que acaso estarán húmedos aún á estas fechas procurando secarse allá en la gloria.

¡Dios les haya concedido el perdón y una buena toalla turca! R. I. P.

Juan Pérez Zuñiga

Los amores de Ontiveros

Nuestro amigo, el ilustre actor cómico Pepe Ontiveros, ha escrito con destino á LA HOJA DE PARRA sus memorias amorosas «que tienen mucho que leer».

Tanto, que no deben perderse con la actualidad de un artículo, y para ello las publicamos en forma encuadernable, y ofrecemos á nuestros lectores, para que puedan recogerlas y encuadernarlas, unas cubiertas «lo más bonitas que puedan ser» con el retrato y el autógrafo de Ontiveros.

... Y nada más.

EL BESO

¿El dejarse besar, ¿es malo ó bueno?

Claro es que, ateniéndonos á la impresión que en nosotros determina el contacto de unos labios femeninos enamorados, el beso es caricia sabrosa y por todo extremo exquisita; pero es mala si, fiándonos en lo que los santos Padres y otros graves autores opinaron acerca de la carne y de sus regaladas tentaciones, damos en creer que el amor es emoción perversa, goce diabólico, contrario al ennoblecimiento de las más altas facultades humanas y á la purificación y definitiva redención del espíritu.

Para mí el beso es la manifestación espontánea más elocuente del deseo, del cariño fecundo que enlaza los cuerpos y aproxima las almas; como el mordisco es la explosión más vehemente de los que se odian. También los amantes suelen morderse con encono, acaso porque en el fondo de toda gran pasión hay algo de odio...; pero renuncio á desflorar tan sutilísima cuestión; no quiero que luego los murmuradores me llamen pedante, sabio sin enjundia ó psicólogo improvisado y de baratillo. Hay diversas clases de besos:

El beso en la frente... El beso en los ojos... El beso en los labios... El beso en la nuca...

Cada uno de los cuales tiene una pequeña psicología especial muy curiosa. En la frente se besan los hermanos, los amigos; es el beso paternal por excelencia; beso santo, tranquilo, de paz y de perdón.

...Estoy sentado, y mis hijas acuden á refugiarse entre mis rodillas; entonces las cojo y las beso; las beso en la frente... Haciéndolo así, mi memoria inquieta recuerda que á su madre y á todas mis queridas las besé en la boca, que andando el tiempo ellas también serán mujeres hermosas, y que algún hombre afortunado las deseará con pasión ardiente y besará sus labios... Esta visión me lastima; procuro apartar de ella mi pensamiento y no puedo, y me limito á acariciar sus frentes con un beso largo y grave, que abrevia muchos recuerdos y quiere decir muchas cosas...

El beso en los ojos es un beso tardío, sosegado, de amor satisfecho: el beso favorito de los amantes que van en coche. Es de noche; por las ventanillas pasan en rápido desfile siluetas de transeuntes embozados, casas, árboles, faroles que proyectan sobre las aceras húmedas resplandores rojizos... y en la penumbra del vehículo brillan los ojos de la mujer amada.

El beso en la boca tiene una psicología tan rotunda, tan bien definida, que no necesita explicaciones: es un beso sano, el rugido del deseo logrado, la música eterna, vibrante, del abrazo supremo...

El beso en la nuca, por el contrario, es lánguido, perverso; el beso favorito que los



—¡Pero qué curiosas sois las mujeres! Ya la leeras.

—Nada, nada... ¡si no me la enseñas no me caso contigo!

hombres muy vividos procuran para sus labios cansados una sensación nueva. Un beso es poco y es mucho; es nada y es *todo*.

¡Todo, sí!...

Hay besos que no dejan rastro; otros, en cambio, abren surco profundo, imborrable, eterno... Aquellos que otro hombre afortunado dejó en los labios de la mujer á quien más tarde entregamos nuestra alma.

¡Oh, si *ellas* supiesen lo que valen sus labios y lo que sus condescendencias nos hacen sufrir, no se dejarían besar nunca!...

Félix Recio.

EL AMANTE MISTERIOSO

AQUEL matrimonio era inexplicable, mejor dicho, lo parecía, porque en el mundo todo tiene explicación. Veréis. Luisa, por temperamento y por falta de educación equilibrada, fué desde sus más tiernos años romántica.

Pascual, por idénticas razones, cuando se unió á ella, era el prototipo del burgués prosaico, laborioso, ignorante y desconfiado.

Ella educóse en el convento de Chamartín de la Rosa, como una señorita; él, tras el mostrador de un comercio de telas, como un chisgarabís.

Cuando los padres de Luisa, aristócratas arruinados, hallaron ocasión de vender sus pergaminos y su hija á un casi acaudalado individuo de la masa neutra, trocáronse los papeles y el contrato matrimonial quedó legalizado en debida forma. El creía merecerlo todo, puesto que para eso había pasado lo mejor de su vida trabajando; ella se juzgaba víctima, porque había sido inmolada á la vanidad de sus padres, pobres tontos llenos de vicios y petulancia.

—No quiero que salgas sola á la calle, ni que vayas á la iglesia, ni al teatro, ni que leas novelas, ni que tengas más amigas que Virtudes, la mujer de mi antiguo compañero y amigo Ruiz.

La esposa mártir confiaba á su amiga sus pesares, nostalgias y tristezas. Virtudes trataba de consolarla, acompañándola cuando iba de compras ó al paseo; prestábala libros para que distrajese su soledad, y se aficionó de tal suerte Luisa á la lectura, que conocía la literatura antigua y la contemporánea al dedillo, lo mismo á los autores españoles que á los extranjeros.

Ruiz y su esposa Virtudes eran los únicos que visitaban la casa del comerciante.



JUGADORA DE BOLOS
(Escultura de Gerome)

II

Por lo inesperado y rudo, el golpe causó profundísima impresión en el ánimo de Pascual.

La fatalidad hizo que hallase un día en el tocador de su esposa una carta concebida en estos términos:

«Queridísima amiga: Te debo una de las satisfacciones más grandes de mi vida. Emilio me hace pasar ratos deliciosos. Tú me lo has hecho conocer, y yo estoy enamorada de él locamente. ¡Qué noble! ¡Qué caballeroso! Mi espíritu, sediento de todo lo que no es vulgar y grosero, compara su tipo admirable con otro que la Fatalidad ha puesto muy cerca de mí. Sí, Virtudes, los amores de Emilio me eloquecen; sus atrevimientos galantes son los que yo había soñado. El otro día estaba entregada á mi ocupación favorita, cuando sentí los pasos de mi marido y tuve que esconderle en el gran armario de mi alcoba; es el sitio donde le oculto siempre que temo una sorpresa. Pascual no sospecha nada. Ven á verme. Tuya, *Luisa*.»

El marido burlado estrujó con rabia el papel entre sus manos. Comenzó á vigilar meditando una venganza tremenda.

III

—Créelo, Ruiz, me apena más la traición á la amiga que la infidelidad de la esposa.

—No temas, Luisa; tampoco Virtudes sospecha nada. ¿Que se engañan? ¿Acaso la dicha no nace casi siempre de una equivocación?

—Yo sólo sé que te adoro y que por tí sería capaz de cualquier sacrificio.

—Para mí no existe esa palabra desds que estoy seguro de tu cariño...

El idilio fué interrumpido por la voz furibunda de Pascual, que desde fuera gritaba:

—¿Por qué has cerrado? ¡Abre en seguida!

Un momento después Luisa franqueaba el paso á su marido.

IV

No tenía otra salida la alcoba. Precipitóse en ella lívido y descompuesto Pascual. De una ojeada registró todos los rincones; luego, con una sonrisa que él quiso hacer sacástica, dijo:

—Ya sé, ya sé dónde ocultáis á vuestro amante.

Luisa, muda de estupor, no pudo pronunciar palabra.

—Sí—prosiguió el celoso comerciante estrujando entre sus manos un papel—tengo aquí, aquí, ¿os enteráis?, aquí tengo la prueba.

Con la firmeza y serenidad del hombre á quien asiste completo derecho y se halla dispuesto á todo, amartilló una pistola y fuése despacio hacia el armario.

El rostro de la esposa adquirió una expresión de angustia infinita mientras dirigía su mirada á los flecos de la ancha colcha de damasco que cubría el lecho matrimonial.

—Salga, don Emilio, ¡he dicho!

—Esposo mío, mira lo que haces; ¿quieres que me vuelva loca?...

Pascual miró al fondo del armario... ¡no había nadie!... y quedó mirando estúpidamente á su mujer desconcertado, estuperfacto.

—¿Loco? No, señora; lea usted esta carta.

Mientras Luisa leía escapóse de sus labios un suspiro de sastisfacción.

—Y bien, ¿qué dices?

—¡Nada! Esta carta dirigida á mi amiga dice que he tenido una de las satisfacciones más grandes de mi vida; que paso con Emilio ratos deliciosos...

—Calláos, desgraciada.

—Y luego añadió: Sus amores me enloquecen, sus atrevimientos...

—¿Sabes lo que estás diciendo, desgraciada?

—Sí.

—¿Entonces por qué lo dices?



—¡Recuerno! No soy tan feo para que mi mujer me haga desgraciado.

—Porque quiero demostrarte lo estúpido de tu conducta.

—¿Cómo estúpido?

—Lo mismo que te lo digo. Eres un majadero, esposo mío.

—Te aconsejo que me trates de otra manera.

—Te trato como te mereces.

—Lo que haces es maltratarme.

—Sea; te maltrato, ¿y qué?

—Basta; ¿dónde está ese hombre?

—Vas á conocerle ahora mismo; pero ten en cuenta, para el porvenir, que tus capri-